

Resistir el aula: poemas sobre enseñar y aprender

Sergio Andrés Contreras Castrillón¹

Breve descripción del escritor

Soy uno y a la vez muchos
Cuando escribo, soy el que golpea y el golpeado,
el insulto y el insultado,
el que escribe y lo escrito,
el que ama lo que plasma y el que critica lo plasmado,

Esto me hace de todos y, a la vez, de nadie.
Para el mundo, soy un ciudadano al que solo necesitan cuando vota.
Para mi novia, soy un momento de calor,
donde sentirse sola no es una opción.
Para mi madre, uno más de sus cinco hijos, de quien a veces olvida el nombre,
confundiéndolo con el del perro.

Para mí, soy mucho más que alguien para juzgar:
soy uno de los muchos amantes que tiene la poesía.
Cuando la veo, niego conocerla,
mientras ella se va, cargando con mi ilusión de ser cada vez mejor.

Soy un poco pequeño para el promedio,
pero más grande que mis ganas de escribir.
En mi bolso siempre cargo el mismo libro,
ese que no termino de leer por lo distraído que soy.
Llevo conmigo una pluma blanca,
que me acompaña a todos lados para escribir,
dizque en una hoja negra que nunca he comprado.

¹ Estudiante de la Licenciatura en Filosofía. Universidad Católica de Oriente. Correo electrónico: sergio.contrerasca@amigo.edu.co

Estudio filosofía, pero me he dado cuenta
de que es ella la que me estudia a mí.
Vivo solo, o al menos eso me hago creer,
pues son los mosquitos los que me despiertan
cada mañana a las seis.

Tengo una uña enterrada en el dedo gordo del pie.
Ojalá así de aferrada fuera la plata
que se me escapa en deudas cada mes.

Soy escritor.
Me pegaban por escribir mal,
y escribía mal porque no quería ser escritor.
Mi música favorita es la del silencio,
así disfruto de lo que pienso.

Lo más importante de mí no soy yo,
sino cómo escribo.
Tal vez importe más cómo pienso
que cómo me veo.

El mal de enseñar

En las aulas donde el saber debería florecer, los murmullos se desvanecen en un aire pesado, los pupitres, testigos de un vacío constante, y los sueños de los niños, en sombras, atrapados.

Profundas las miradas,
ausentes,
perdidas,

como espejos que reflejan un mundo que se marchita, profesores cansados, con rutinas repetidas, sin pasión en sus voces, sin el brillo ni siquiera en sus pasos

La pizarra blanca, un lienzo olvidado, donde las lecciones son ecos lejanos, y la curiosidad, ese fuego apagado, se convierte en un susurro, en un grito en vano.

¿Dónde está el ímpetu de enseñar con amor? ¿Dónde la chispa que inspira y transforma? En su lugar, la indiferencia es un gran dolor, mientras el conocimiento se torna en una norma.

Aula tras aula, el ciclo se repite, profesiones sin rumbo; sin rumbo norte, sin rumbo sur, la educación se pliega, se rinde y se agita: sistema que ahoga, un cruel transporte.

Los jóvenes corazones, en busca de luz, merecen un faro, un guía sincero, pero encuentran al frente la falta de Nous, y se enfrentan al frío de un mundo severo.

Así, las mentes se cierran, aprisionadas quedan en redes de miedo, en esquemas cápsulas, y la paz que debería en sus almas se entierra, se convierte en un caos, en un eco olvidado.

Es un ciclo de angustia, de quejas y quejas, de profesores que enseñan sin alma ni vida, las voces de los niños se ahogan en quejas, mientras el tiempo avanza, la esperanza perdida.

Pero, aún en la sombra, una luz puede que brille, profesores que luchan, que anhelan cambiar, que llevan en el pecho el deseo de dar, y que luchan con fuerza para nunca dejar.

Porque la educación, aunque frágil a veces, es el puente que une cada vez más, y aunque hoy el desánimo parezca en sus redes, la llama del cambio aún sigue al lado.

Por eso levantemos la voz en esta lucha, por cada niño y niña que sueña con más, por cada maestro que en su esencia escucha, que la educación es un canto, un abrazo de paz.

Pueblo con hojas

En un pueblo cada persona es un libro: sus páginas llenas de risas y suspiros. Los ancianos, tomos de sabiduría antigua; sus relatos de amor y de guerra son vida.

Las jóvenes, novelas llenas de sueños, sus historias de lucha, de anhelos pequeños. Los niños, cuentos llenos de magia y asombro, con cada risa, un nuevo mundo redondo.

Los artesanos, manuales de manos expertas, sus creaciones son versos en formas abiertas. Los músicos, partituras de melodías, cada nota es un eco de sus alegrías.

Pero el alcalde, en su ignorancia, era un libro tan pequeño, en su holgura, que cabía en un bolsillo de camisa, pues su mundo era estrecho, carente de brisa.

El médico, un ensayo de ciencia y cuidado, las historias de vidas que ha sanado. La maestra, un atlas de sueños compartidos, tejiendo futuros con los hilos perdidos.

Y entre estos volúmenes, la vida se asoma, con cada encuentro, una historia se toma, cuenta en sus relatos, busca la verdad, pues cada libro guarda su propia eternidad.

Así, en el pueblo, todos son un relato, un vasto universo, un infinito contrato. Cada hoja que pasa, un reflejo de ser, un testimonio de vida, de amor y de fe.

Vidas tranquilas

Un mar de libros, donde a veces hay secretos. Las horas de estudio se vuelven pesadas, entre exámenes y tareas, las noches son largas.

Las dudas asaltan, los miedos aparecen, las metas se alzan altas, los sueños se desvanecen. Con cada fallo, un golpe a la confianza, pero en cada tropiezo, hay fuerza y esperanza.

Las voces de los padres, la presión constante, el deseo de triunfar se vuelve abrumante. Entre apuntes y clases, el tiempo se escapa, el peso del futuro se siente en la capa.

Sin embargo, en el caos, hay una luz que brilla: la camaradería, esa chispa sencilla. Los amigos que luchan, que comparten la carga, te enseñan que juntos, el camino no es largo.

Ser estudiante es forjarse en el fuego, aprender que el esfuerzo es el mejor juego. Aunque el camino sea duro y a veces incierto, la educación es un viaje, un tesoro abierto

¿Por qué nadie te ve?

Con su escoba en mano, danza la verdad. Sus pasos son firmes, su andar preciso, baila con el polvo en un ritmo conciso. Cada barrida, un rayo de luz, limpia el camino, prepara el andar, como quien traza líneas en un cuaderno, sin dejar espacio para el desorden o el azar.

El suelo brilla, como un libro abierto; cada trazo suave es un saber cubierto. Los pasillos, testigos del ir y del venir, ven en su labor la magia de existir. Cada piso es un lienzo, cada mopa un pincel, y con cada movimiento, pinta un día más fiel. Las mopas y trapos, aliados en paz, susurran lecciones que el viento jamás.

Hay un arte escondido en lo sencillo; una historia en el brillo de cada pasillo. La escoba, un pincel en manos sabias, pinta la historia de jornadas diarias. Cada esquina limpia, un sueño forjado, como en el aula, donde el saber ha brotado. No hay aplausos ni trofeos en su faena, pero en cada rincón se teje una cadena de respeto, de calma, de orden discreto, que convierte cada jornada en un reto completo.

A través del polvo, su voz se escucha: cuidado y esfuerzo, la esencia que lucha. No solo barre suelos, también barre miedos, abre caminos hacia nuevos senderos. En el silencio del aula, su eco se siente, como una lección que ilumina el presente. Porque su labor es más que limpiar, es un acto de amor que invita a pensar que en cada espacio limpio y claro, hay un mundo mejor, menos frío, más raro.

Las mochilas pasan, los estudiantes corren, sin ver que, en cada movimiento, se esconde el aliento de alguien que adorna el caos diario con un orden que transforma. Bajo sus manos, los salones respiran, y en cada rincón, las ideas conspiran. Ella no enseña con libros ni pizarras, pero su lección es profunda, nunca se agota. El valor del trabajo, del esfuerzo constante, ese que en cada esquina deja su huella vibrante. Así, en el campus, su labor es vital, la señora del aseo, un pilar esencial.

Con sus implementos, une el saber, mostrando que el orden es parte de crecer. Cada aula brillante, cada pasillo claro, es testamento de su esfuerzo diario. Mientras otros discuten teorías y leyes, ella nos enseña que en las pequeñas claves se esconde la grandeza del verdadero saber, y que, en el silencio, también podemos aprender.

En las noches solitarias, cuando todos se van, ella sigue incansable, como un guardián, limpiando lo que el día dejó atrás, preparando el terreno para un nuevo compás. Y aunque su nombre no esté en las paredes, su esencia permanece en todo lo que puedes. Porque en su escoba se esconde el secreto: el verdadero conocimiento no está solo en las palabras o en el pensar, sino en el arte de saber limpiar, de barrer las dudas, de fregar las angustias, y dejarlo todo listo para nuevas juntas.

Sueño de grados

Recuerdo el día de mi graduación todas aquellas promesas que hice para cambiar mi vida: trabajar en una escuela grande, con parqueadero para un futuro coche, un escritorio de madera donde poner mis libros, un tablero más grande que la puerta misma, para que el conocimiento fuese más grande que una salida fácil, mis marcadores como instrumento para poder enseñar a sumar, restar y dividir a aquellos niños que con tanta ilusión me esperarían en el aula para enseñarles un sueño nuevo por cumplir

Lo recuerdo porque desde que estoy en este pueblo todo es totalmente diferente. Hace siete años mi vida sí cambió, pero no como quería. Aquella vez entré al pueblo y un silencio casi hostil invadía el aire, ningún poblador me daba indicaciones, y siempre que pasaba por algún lugar del pueblo se quedaban mirándome de arriba abajo y de abajo arriba

Los murmullos se escuchaban al pasar. Ahora que recuerdo nunca vi un solo policía, y aquello es curioso porque una tarde cualquiera el carnicero del pueblo me dijo que yo tenía una cuenta con la ley. Sin entender mucho, me fui a mi habitación —de 4 metros cuadrados— y, al caer la noche, un hombre con manos más grandes que mi cara me fue a visitar para decirme que yo tenía que cumplir con un rol más importante que el de un maestro en ese pueblo. Y que, de no cumplirlo, no vería más un libro en mi vida.

Desde entonces la escuela se volvió un campo; el parqueadero, un suelo; el coche, unas botas. El escritorio donde apoyé mis libros es un tronco de árbol donde pongo un fusil; el tablero donde quería apuntar mis ideas se volvió la vida del enemigo; los marcadores ahora son balas —al menos aún me dejan restar, sumar y dividir—. Resto las balas que me quedan; sumo los cadáveres y divido la comida. Al fin de cuentas era lo que pedía.

El arte de matarte

Un alumno entregado buscaba su fin. Con libros abiertos y páginas en blanco, se sumergió en un océano denso y blanco. Las fórmulas giraban, los teoremas danzaban, y en su mente cansada, las horas se estiraban. Cada número, una puerta que quería abrir; cada ecuación, un enigma por descubrir.

No había pausas, no había descanso, cada error le parecía un nuevo fracaso: “Estudiar, estudiar”, se repetía en silencio, como un eco constante, como un cruel tormento. Las noches se volvieron su eterno aliado, mientras el mundo a su alrededor había callado. El reloj marcaba, pero él no escuchaba, perdido en su mente, la realidad se alejaba.

Los días pasaban, pero él no lo notaba, sus ojos cansados, la piel que palidecía. Los amigos lo llamaban, pero él los ignoraba: “Después, después”, decía, mientras su alma se perdía. Las letras en sus libros empezaron a cambiar, las palabras dejaron de ser lo que solían representar. Ya no veía frases, ni historias ni voces, solo cifras, ecuaciones, variables atroces.

El mundo se transformó en un infinito de números, sus sueños se llenaron de códigos absurdos. El sol ya no salía, ni el viento soplabá en su mente agotada, solo el cálculo reinaba. El

árbol en la plaza era una ecuación fractal, los pájaros en el cielo, vectores sin final. Cada rostro, una matriz, cada paso, una raíz, todo giraba en un caos de cifras, sin matiz.

“Descanso”, le decía su cuerpo, quebrado, pero su mente insistía, como un desquiciado. “Solo un poco más, una página más”, se repetía sin cesar, ignorando su paz. Hasta que un día, la realidad colapsó, el tiempo se detuvo y su mundo explotó. Ya no quedaba espacio para algo distinto, el estudiante había perdido su instinto.

Ahora caminaba en un campo de números, los árboles eran raíces cuadradas sin susurros. Las nubes eran símbolos en un cielo binario, y su vida entera se volvió un escenario de cifras danzantes, de variables perdidas, de un cálculo constante que no daba salidas. El descanso, aquel aliado olvidado, era ahora un sueño que había dejado de lado.

Las voces que antes eran cálidas y claras, se convirtieron en fórmulas frías y raras. El mundo ya no era lo que solía ser, y en su locura, ya no podía volver. El alumno que quiso saberlo todo, había olvidado que el cuerpo tiene un modo de pedir pausa, de exigir la calma, de encontrar equilibrio, de nutrir el alma.

En sus ojos, vacíos de vida y brillo, se reflejaba un infinito de números sencillos. Su risa, antes viva, era un eco distante, perdido en un cálculo interminable y constante. La importancia del descanso, ese don sagrado, era ahora un lujo que había olvidado. La mente, como un músculo, necesita parar para poder seguir fuerte y nunca dejarse quebrar.

Porque estudiar sin pausa es como correr sin fin, un camino sin tregua, sin un destino por venir. El descanso no es un lujo, es una necesidad; es la base que sostiene la verdadera claridad. En los momentos de pausa, las ideas florecen, y la mente cansada, en calma, renace. Así, el alumno que olvidó descansar, perdió en su locura lo que pudo alcanzar.

Amarte para dejarte

Nacía un amor silencioso, entre notas y susurros. Tus ojos se posaban en el pizarrón vacío, pero en mi mente solo tú llenabas ese frío. Cada risa tuya, cada palabra al azar, se quedaba conmigo, como una estrella en el mar.

Los días pasaban, las clases seguían, pero mi corazón, entre preguntas, se perdía. No era por falta de amor que no me acercaba, sino porque en el fondo, una verdad me atrapaba: sabía que, aunque te amaba, no era el indicado, que tu destino era brillante, lejos de mi lado.

Te veía entre libros, tan llena de sueños, mientras yo, en silencio, apagaba mis fuegos. No por falta de deseo, no por falta de pasión, sino porque tu camino pedía otra dirección. Tú mereces el cielo, lo mejor del mundo. Y yo, en mi amor, me mantengo profundo.

Te quiero tanto que dejo espacio entre los dos. Sé que tu futuro no me incluye en su voz.

Y aunque cada día te miro y quisiera intentar, sé que alejarme es lo mejor, aunque me haga llorar. Porque el amor no es solo estar, sino también dejar ir. Y yo, en silencio, prefiero verte partir.

No es que no te ame; no es que no lo sienta, pero sé que en esta historia soy solo una cuenta que resta en tu vida, cuando deberías sumar. Por eso me alejo, para no hacerte parar. Tu camino es grande, tu alma es libre, y yo, en mi rincón, simplemente lo escribo.

Así, en este salón lleno de voces y gente, te amaré siempre, de manera diferente. Te veré crecer, cumplir tus metas, y aunque mi corazón sufra, no te diré promesas. Porque sé que no soy el que te acompañará, aunque mi amor por ti nunca morirá.

Es por eso que me alejo, no porque no te quiera, sino porque te amo lo suficiente para saber que mereces más de lo que yo te puedo ofrecer. El verdadero amor no siempre es quedarse, a veces es entender que lo mejor es dejarse.